

## CAPÍTULO X

Viaje del P. Pignatelli á Nápoles. — Vuelta á Bolonia. — Napoleon Bonaparte en Italia. — Rehusa el Siervo de Dios volver á España por no abandonar á sus hermanos. — El P. Pignatelli y D. Nicolás de Azara en Bolonia. — Aboga con él el Padre á favor de los jesuítas. — Entran en Bolonia los franceses. — Detencion del cardenal Pignatelli. — El Siervo de Dios y los cardenales Pignatelli y Gioannetti. — Alcanza de Bonaparte que sean respetados los jesuítas españoles. — El Padre mártir. — Un peligro conjurado. — Vuelta de algunos jesuítas á España. — El P. Pignatelli y el directorio boloñés. — Va á Parma y vuelve á Bolonia. — Ejercita su caridad con el misionero Alba. — Se agrega á la Compañía de Rusia. — Vuelve á Nápoles. — Visita á su hermana en Acerra. — Ejemplos de virtud y predicaciones. — Carta de Pío VI á la reina de España. — Real orden por la cual se permite la vuelta de los jesuítas á España.

1795 — 1797

Estando el negocio de la agregacion de los Padres de Parma á los de Rusia en el estado poco satisfactorio que acabamos de ver, el P. Pignatelli emprendió un viaje á Nápoles hacia fines del año de 1795<sup>1</sup>. El pretexto, que en lo de fuera alegaba, era visitar á su hermana la condesa de la Acerra, anciana ya y enfermiza; pero el motivo real que le impulsó á emprender aquel camino, fue explorar el ánimo de los reyes Don Fernando y Doña Carolina, y las disposiciones de sus ministros con respecto á la

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 30, pág. 502.



restauracion de la Compañía y á la reunion de los jesuitas napolitanos en convictorios, como acababa de hacerse en el ducado de Parma.

Parece que no tuvo gran resultado este viaje á Nápoles, aunque no dio el Padre por perdidas sus diligencias, por el conocimiento que adquirió del desengaño de aquellos monarcas en la cuestion de la Compañía. Así se desprende de las palabras que pronunció á su vuelta á Bolonia; pues «dijo absolutamente que sus Majestades Sicilianas, y no menos el rey que la reina, entendían ya perfectamente el motivo del destierro, opresion y extincion de los jesuitas, y sabían que no fue otro que el abatimiento de los tronos y de la religion<sup>1</sup>.» Este desengaño, á juicio del P. José, era una disposicion muy favorable para que los reyes de Nápoles tratasen de reparar su yerro.

Llegó el Padre á Bolonia á fines del año 1795 ó á principios de 1796, en donde muy pronto se le ofreció campo vastísimo para ejercer su caridad é incansable celo con ocasion de la entrada de las tropas francesas en aquella ciudad. En los primeros meses del año de 1796 Bonaparte, encargado por el Directorio de llevar á la península italiana lo que él llamaba «el presente de la libertad,» emprendió una expedicion contra Bolonia, y amenazó invadir todo el Estado Pontificio para castigar, segun él decia, á todos los que deseaban el triunfo de la casa de Austria. El Soberano Pontífice Pío VI se vio obligado á aceptar un armisticio y á verse privado de las dos legaciones de Bolonia y Ferrara.

La proximidad de los franceses y los temores de que á no tardar llegarían á Bolonia, pusieron en conmocion á la ciudad toda, y despertaron en ella un movimiento religioso particular<sup>2</sup>. Al saberse en España por las familias de los jesuitas el peligro que á estos amenazaba, entraron en temores por su suerte, y algunas consiguieron para sus parientes licencia de volver á Es-

<sup>1</sup> P. LUENGO, *ibid.*

<sup>2</sup> *Id.*, *ibid.*, pág. 415.

paña. De dos toledanos y del P. José Pignatelli se sabe que no quisieron aprovecharse de tal concesion. Á nuestro P. José se la había alcanzado su sobrina D.<sup>a</sup> Maria Manuela. Oigamos cómo refiere este suceso el autor del Diario.

«Con esta ocasion» dice<sup>1</sup>, «se ha hecho público que le ha sucedido lo mismo que á estos dos toledanos, al P. José Pignatelli, de la Provincia de Aragon. La Duquesa de Villahermosa, su sobrina, que le ama tiernísimamente, ya que no pudo lograr, como intentó con todo empeño, venir á vivir en su compañía en esta ciudad de Bolonia, consiguió licencia para que el P. José fuese á España, y de este modo lograría que viviese con ella en la corte ó en otra parte. Pero el P. José se negó tan resueltamente á separarse de sus compañeros en la misma suerte de desterrados á la Italia, que por grande que sea el amor de su sobrina y sus ansias de verle, no le molestará más sobre este asunto, viendo que es enteramente inútil y que le da con esta su pretension un disgusto muy grande.»

Tal era el amor del P. José á sus hermanos, que le hacía posponer á él los deseos tan piadosos y ardientes de su gran bienhechora y tan estrecha pariente, y su propia comodidad. Y así con razon añade el P. Luengo: «Todos debemos agradecer al P. Pignatelli esta su generosa y determinada resolucion: porque en el día, como en otro tiempo nuestro P. Idiáquez, es el padre, protector y escudo de todos los jesuitas españoles y americanos, y ayuda y protege á todos con mucho amor, actividad y talento en los lances que ocurren. Y nos importa mucho en el estado presente, y más en este país, tener de algun modo á nuestro frente un hombre de sus circunstancias, que con toda franqueza y sin temor alguno puede hablar á los cardenales Legado y Arzobispo, á los comisarios reales, y á cualquiera otro que tenga sobre nosotros alguna autoridad; pues es claro que sirve mucho para que no se nos oprima tan fácilmente y á capricho, como ha sucedido muchas veces.» En este pasaje pinta

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 30, pág. 228.



el P. Luengo con vivos colores el grande prestigio que el Padre Pignatelli había alcanzado en Bolonia.

Esto escribía en 10 de Abril el autor del Diario; y bien pronto se fueron presentando nuevas ocasiones, en que mostró el Padre José su tierna solicitud. En la triste situación en que se encontraban los Estados Pontificios, Pío VI creyó que la persona más á propósito para evitar los males que le amenazaban, amansando las iras del general Bonaparte, era el ministro español don Nicolás de Azara. Nombróle, pues, plenipotenciario Pontificio; y con calidad de tal salió Azara para Milan, en donde residía Bonaparte. Llegó á Bolonia la tarde del 21 de Mayo: hospedóse en casa del comisario Capelleti, en la cual vivía el P. Pignatelli. Allí fueron á visitarle prontamente los cardenales Legado y Arzobispo, el Vice-Legado, y otras muchas personas distinguidas de la ciudad, pues le consideraban como el *Libertador* del Estado de la Iglesia; y los senadores boloñeses fueron también allí á conferenciar con Azara.

«El P. José Pignatelli, con ocasión de vivir con él en una misma casa, trató despacio con él, y aun le presentó varios jesuitas aragoneses, á todos los cuales recibió Azara con agrado y con cariño. En su presencia se metió plática sobre la presente situación de los españoles; y no faltó quien dijese que muchos de ellos, como era así verdad, sobrecogidos y atemorizados, pensaban irse á otra parte, temerosos de que si llegaban á entrar los franceses, lo pasarían allí muy mal. Respondió el ministro que el partido más acertado era que se estuviesen quietos, que no les habían de molestar los franceses; con lo cual muchos desistieron del pensamiento de marcharse á Venecia ó á la Toscana.»

«Oportunamente replicó el P. Pignatelli: «Y ¿cómo se han de mantener aquí con la pensión de cuatro reales, estando ya todas las cosas muy caras, y debiendo de subir mucho el precio de todas ellas en el caso de que fueran los franceses ó aun solo anduviesen en los países vecinos?» El ministro confesó que tenía razón el Padre en lo que decía, y protestó que por su parte ha-

bía dado informes favorables en el asunto, y que si se arreglaran á ellos, de seguro la pensión se les aumentaría<sup>1</sup>.»

El día 18 de Junio (1796) llenóse de terror la ciudad de Bolonia al saber la entrada de tropa francesa en la provincia: aquella misma noche llegó un piquete de caballería con algunos oficiales franceses; á la mañana del día siguiente entran en la ciudad unos mil soldados, entre infantería y caballería, con cuatro cañones; se alojan en la plaza, y ponen cuerpos de guardia en las dos puertas principales.

El día 20 por la noche llega Bonaparte con el comisario Saliceti: llama el general á su presencia al Legado y Vice-Legado, depónelos de sus empleos, y les manda partir en el término de tres horas: llama después al senado, y pone en sus manos la soberanía de este país con dependencia de la República francesa. El 21 se apoderan los franceses de todo lo rico, precioso y artístico de la ciudad á título de conquista: el mismo día llega el cardenal Francisco María Pignatelli, legado de Ferrara, llamado por Bonaparte, el cual le pone en prisión: al cardenal Arzobispo de Bolonia le trata con indecencia y le aterra con amenazas.

En los tres días que estuvo detenido el cardenal Pignatelli en el palacio del cardenal arzobispo Gioanetti, le visitó con frecuencia su primo el P. José; y en estas ocasiones conversó con ambos cardenales, que estaban, como se deja entender, sumamente afligidos y acongojados: versaba la conversación sobre las presentes novedades y trabajos, sus causas y principios, y el fin y remate que al cabo vendrían á tener<sup>2</sup>. El P. Pignatelli dijo oportunamente: *En sanguis eius exquiritur*<sup>3</sup>, como respondió Ruben á sus hermanos hallándose en tribulación. Esto dijo el Siervo de Dios aludiendo á que, conforme á la opinión de todos los hombres pensadores, la extinción de la Compañía había acelerado el triunfo de las ideas filosóficas y revolucionarias. Reco-

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 30, pág. 364.

<sup>2</sup> *Id.*, *ibid.*, Parte primera, pág. 501.

<sup>3</sup> Gen. XLII, 22.



bró el día 23 su libertad el cardenal Pignatelli con permiso para partir, aunque, á lo que se aseguraba, como prisionero de guerra, con obligacion de presentarse si le llamaba el general Bonaparte.

Solicito el P. Pignatelli por la salvacion y paz de sus hermanos, suplicó á D. José Capelleti, comisario en Bolonia, que se los recomendase eficazmente al general francés, para que en atencion á las buenas relaciones entre Francia y España, no recibiesen molestia alguna<sup>1</sup>. Hízolo á satisfaccion Capelleti: y á 20 de este mes de Junio escribió al H. Pedro de la Fuente, que era con quien se entendía el comisario en los asuntos referentes á los Padres españoles, una carta, en que le decía así:

«Muy Sr. mío. — De resulta del abocamiento que he tenido con el Generalísimo Buonaparte, después de haberme asegurado de toda su proteccion hacia los españoles, me ha aconsejado que sería bien, que cada individuo de la Nacion se ponga la Cucarda Española; pues así tendrán con ellos mayor consideracion.»

«Lo participo á Vm. para su noticia y para que lo haga saber en mi nombre á los Sres. ex-jesuitas de este departamento.»

«Ntro. Señor guarde á Vm. muchos años. — Bolonia, 20 de Junio de 1796. — P. D. Prevenga Vm. á esos Sres. que esta disposicion ó consejo del Sr. General Buonaparte no tiene más objeto que el de asegurar á los individuos españoles el mayor respeto y consideracion de las tropas francesas, y que así lo esparzan entre los bologneses. — B. L. M. de Vm. — Su más atento S. S. — JOSÉ CAPELLETI. — Sr. D. Pedro de la Fuente<sup>2</sup>.»

De la ejecucion de lo prescrito en esta carta habla el autor

<sup>1</sup> Tan amistosas eran estas relaciones, que dos meses después, á 18 de Agosto, se celebró en San Ildefonso un tratado de alianza ofensiva y defensiva entre el príncipe de la Paz y el ciudadano Perignon, quedando las fuerzas de España casi á disposicion del Directorio francés. Este tratado, como observa un historiador, fue un verdadero pacto de familia con la república francesa.

<sup>2</sup> Hállase copia de esta carta entre los *Papeles varios* del P. LUENGO.

del Diario en estos términos: «Todos, pues, hasta los más ancianos y más respetables por muchos títulos, nos hemos puesto en los sombreros escarapela encarnada, que es la española: espectáculo ridículo, como por sí mismo se entiende, andando por esta ciudad trescientos ó cuatrocientos eclesiásticos españoles, y los más de hábitos largos, con su escarapela de soldado en el sombrero.»

«Nosotros nos reímos mutuamente unos de otros; y por esta parte no tiene esta ridiculez, en que nos ha metido este general, otro efecto. Pero los tiene muy importantes entre los soldados franceses, que efectivamente miran con respeto la escarapela española, y viéndonos con ella, nos saludan y nos llaman amigos.....»

«La gente vil de la ciudad nos mira con una especie de pasmo, y aun de encogimiento y de temor, como que aprehende que siendo amigos de los franceses, nos debe temer como á ellos, y que si nos ofende en alguna cosa, será tratada del mismo modo que si ofendiese á la tropa francesa; los eclesiásticos, así seculares como regulares, que son los más atribulados de todos,..... muestran envidia de nosotros, viéndonos á cubierto de todo insulto y agravio con nuestra escarapela española; y más de cuatro á mí mismo me han dicho con las lágrimas en los ojos: «Ustedes son verdaderamente felices y afortunados; pues por ningun lado les alcanzan los inmensos males, que tenemos sobre nosotros con la entrada de los franceses<sup>1</sup>.» Y como si aun fuese poco esto, «el senado, que hace ahora de soberano, por medio del P. José Pignatelli, á quien hablaron los senadores, nos ha asegurado de su proteccion<sup>2</sup>.»

El prestigio del P. Pignatelli se vio en algunos casos particulares. Uno de ellos fue el ocurrido con el P. José Uriarte, conocido allí con el nombre de *el Padre mártir*. Había sido este durante muchos años celoso misionero de Quito, y padecido

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 30, pág. 494.

<sup>2</sup> *Ibid.*, pág. 505.



grandes trabajos en la reduccion de los infieles, por los cuales fue una vez tan mal tratado, que tendido en el suelo le dejaron por difunto. Teníalos ya reducidos á vida civil y cristiana, cuando el decreto de Carlos III vino á arrancarle de la compañía de aquellos sus neófitos.

Trasladado á Italia y residiendo ahora en Bolonia, su corazon no podía apartarse de sus amados indios de América; y cierto día se fijó el pobre y sumergió tan profundamente en su idea favorita, que casi fuera de sí empezó á dar vueltas por la ciudad como enajenado y sin saber á dónde iba ni qué hacía. Topó con él por acaso el P. José Pignatelli, quien le preguntó: «¿dónde vais con tanta prisa?» — «Á América,» le dijo, «á ver á mis queridos salvajes.»

Después de dada la orden para que todos los jesuitas españoles de Bolonia llevasen por distintivo la escarapela, el Padre Uriarte, fuese por ignorancia ó por sencillez, cogió dos pedacitos de paño de color de grana, y cosiéndoselos en el sombrero en forma de cruz, con su nueva divisa salió á la calle. Los boloñeses, que conocían bien al Padre mártir, y sabían quién era por una gran cicatriz que llevaba en la frente, lo tomaron á risa; mas no así los republicanos franceses, los cuales teniendo aquella demostracion por un insulto á su general, acusaron al Padre, y de seguro le hubiera costado, á bien librar, algunos meses de calabozo, á no haber terciado en el asunto el P. José Pignatelli y contado con brevedad á los jueces la vida del P. Uriarte, hombre de arraigada fe, de amable sencillez, y por lo mismo incapaz de agraviar á nadie.

El otro caso, en que la autoridad del P. José con los senadores boloñeses salvó á los españoles, fue el que voy á referir. Un oficial francés, ofendido, segun se dijo, por el mal tratamiento que recibió estando prisionero en Barcelona, propuso vengarse en los jesuitas españoles, y los acusó al general de que no hablaban bien del nuevo régimen, y soliviantaban los ánimos de los boloñeses. El resultado de la denuncia fue, que sin proceso ni formacion de causa se publicó un terrible edicto, por el

cual á todos los españoles se les mandaba salir del condado de Bolonia en el término de cuarenta y ocho horas.

Suspendió el senado boloñés la ejecucion de este edicto, y comisionó á los senadores Caprara y Marescalchi, muy estimados de Bonaparte, que pasaban á Milan, para que los disculpasen con el general y le asegurasen de la falsedad de la denuncia. Rindióse Bonaparte á las representaciones del senado boloñés, y revocó su formidable decreto; pero por hacer algo y para dar á entender que no había procedido ligeramente, escribió una breve carta al senado, llena de amenazas para adelante, que decía así:

*«Libertad..... Igualdad = Del cuartel general de Brescia, á 25 del Termidor [14 de Agosto] del año cuarto de la República francesa, una é indivisible. = Bonaparte, general en jefe del ejército de Italia, al Senado de Bolonia. = Oigo, Señores, que los ex-jesuitas, los eclesiásticos y los religiosos turban la tranquilidad pública. Hacedles entender que así como la República francesa protege á la Religion y á sus Ministros, así tambien es inexorable contra aquellos, que olvidando el propio estado, se mezclan en los negocios políticos y civiles. Advertid á todos los Superiores de las diferentes religiones, de que á la primera queja que me llegué contra los regulares, haré responsable todo el convento, los arrojaré de la ciudad, y confiscaré sus bienes á beneficio de los pobres. = BONAPARTE<sup>1</sup>.»*

Entretanto hacía incesantes progresos la revolucion en Italia, y la situacion de los jesuitas españoles llegaba á hacerse insostenible. En Génova se intimó en 1797 la orden del destierro á los religiosos que contasen menos de veinte años de residencia en aquel país; y en virtud de esta orden tuvieron que salir de Génova veintiun jesuitas españoles, de los cuales diez y seis se esparcieron por varias ciudades de Italia, y los cinco restantes<sup>2</sup>, con pasaportes librados por el ministro de España, Sr. Huerta,

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 30, Parte segunda, pág. 70.

<sup>2</sup> Llamábanse Vives, Guitart, Ferrer, Mariátegui y Roca.